



5 **LOS CALDEROS DE LOIS (LEÓN) Y CABÁRCENO (CANTABRIA) Y SU PARADERO SUBTERRÁNEO: ¿AZAR U OBLACIÓN A LA TIERRA?**

Miguel Ángel de Blas Cortina

De entre los materiales que de la metalistería del Bronce Final en el norte Peninsular nos han ido llegando, casi siempre en la homogeneidad contextual más aparente que cierta de los depósitos y ocultaciones, destacan los calderos de chapa bronceada claveteada descubiertos en Cabárceno, Cantabria, y en Lois, León. Hay un razonable acuerdo en que ambos vasos no resultan técnica y formalmente demasiado distantes de los irlandeses que hace ya decenios incluyera E.T. Leeds en su tipo B2 (Leeds, 1930), proximidad tipológica, y también en capacidad como contenedores (Coffyn, 1985: 229), que no excluye lógicos rasgos diferenciales, en particular en el modo de fijación de las asas, detalles que para algunos autores restarían solidez a la hipótesis de una exportación insular hacia el continente (Briggs, 1987: 169-170 y 180), matices cuya valoración, sin embargo, no debería desatender el carácter artesanal de estos productos metálicos, por ello abierto a improvisaciones y, por tanto, a variantes siquiera discretas sobre un mismo modelo de partida; a la postre no son objetos fundidos en molde y susceptibles de una producción en serie que limitara la posibilidad de variaciones y la deriva hacia rasgos particulares. En todo caso, si a algo se parecen nuestros calderos es a los irlandeses, hasta el extremo de que hace ya más de medio siglo que Hawkes considerara al de Cabárceno como de fabricación local en el noroeste Peninsular, aunque partiendo como modelo a imitar de un prototipo llegado de Irlanda (Hawkes, 1952: 110 y 111), idea que poco después hacía suya Schubart, proponiendo que en ese mismo territorio noroccidental de Iberia habría existido un taller productor de las imprescindibles chapas de bronce (Schubart, 1961: 50). Es de esperar que el definitivo despeje de estos interrogantes se produzca con criterios objetivos, acaso, se nos ocurre, como los derivados del análisis de los isótopos de plomo.

Pero no son cuestiones tipocronológicas, siempre tediosas, las que aquí nos preocupan, –nuestros calderos se fechan tradicionalmente en un arco temporal laxo en torno al siglo VIII a.C., cuestión que aunque de modo sumario veremos más adelante–, sino su permanencia aislada, ocultos en la profundidad de la tierra, sin un contexto arqueológico evidente; en suma, por la rareza de unas

circunstancias apenas consideradas con la atención suficiente.

Ciertamente, el repertorio de los calderos del Noroeste ibérico viene gozando de un considerable incremento, aunque se ilustren la mayoría mediante simples trozos, a veces mínimos, de chapas parietales o de las asas, restos que no siempre toleran la recreación precisa de su forma original y, en consecuencia, el ejercicio de su adscripción a tipos bien diferenciados a los que otorgar una génesis y evolución específicos. Por ello, no deja de ser chocante que se ofrezca algún mapa de distribución de los “calderos irlandeses” en la Península (Silva, 1986: Est. III), que leído en términos cuantitativos viene a señalar un mayor número de tales recipientes en el Oeste ibérico que en la propia Irlanda.

El caso del castro norportugués de Coto da Pena es ejemplar: son dos los pequeños fragmentos con la línea de remaches de los que sólo se puede establecer su pertenencia a objetos de chapa ensamblada por clavos y también su posición estratigráfica apoyada con la datación radiocarbónica correspondiente a los siglos XI-X a.C. (Silva, 1986: 34). También son fragmentos mínimos los de la Campa Torres, en Gijón, fechados en los siglos VI-V a.C. (Maya y Cuesta, 2001: 132 y 133), pero sin advertir que lo que se está datando es chatarra: lo que resta de un caldero destruido, probablemente con bastante anterioridad. Del mismo modo, el gran disco de lámina de bronce del Chao Samartin, con formas variadas de remaches en la unión de las placas, testimonia, con independencia de su singularidad en forma y uso, la realidad de esa específica artesanía metalúrgica en el occidente de Asturias en torno a la primera mitad del siglo VIII a.C. (Villa Valdés, 2002: 162), referencia cronológica que podría ser incluso más antigua al referirse a un objeto también amortizado, destruido, pero del que se conservaban un buen número de fragmentos. Al mismo tiempo, la coincidencia en este raro disco metálico de distintos tipos de remaches descubre la inconsistencia de cualquier clasificación cronocultural basada en tales atributos.

Sea como fuere, bastantes de los nuevos hallazgos proceden de hábitats, por lo que incorporan la precisión de su paradero estratigráfico y, a veces, la apoyatura siempre oportuna de fechas

Fig. 1. El caldero de Cabárceno, en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria (foto cortesía de la Fundación Asturias. Ayuntamiento de Gijón).



radiocarbónicas. No es despreciable ese medio, en principio doméstico, que los contextualiza, permitiendo ascender la producción de esos vasos metálicos claveteados hasta los siglos XI y X a.C., según una actualizada revisión (Armada Pita, 2002); artículos contemporáneos, en consecuencia, de las espadas pistiliformes primero y después de las de lengua de carpa, armas asociadas a la costumbre del lanzamiento a las aguas (López Cuevillas, 1955). Un modo ritualizado, este último, de liquidar objetos no sólo de alto valor intrínseco, sino también de su eliminación como elementos tipificadores del estatus sociopolítico de su originario poseedor y, tal vez, de la subsiguiente renovación por sus descendientes de las relaciones de clientelismo, marcado por un neto vínculo militar, en el que el nuevo acuerdo implicaría la entrega a cargo del “patrón” de nuevas armas para compensar las desaparecidas en las aguas; todo este elaborado argumentario según una reciente propuesta (Mederos y Harrison, 1996: 49).

La ampliación del marco temporal del equipamiento bronceo para festines que acabamos de señalar, calderos y útiles asociados a los mismos, se infiere también de la alta fecha 1300 a.C., medida dendrocronológica del tronco que recubría el gancho de Flag Fen, pieza de una sola punta similar a la hallada dentro de un caldero en Fawell Fen, Norfolk, y al ejemplar gallego del depósito de Hío (Coombs,

1998: 154). Así pues, dataciones “absolutas” y estratigráficas vienen hoy a reforzar propuestas ya anteriores sobre una mayor antigüedad para la familia de los calderos del Norte peninsular (Gerloff, 1986: 182), incluso precisada en los inicios del primer milenio antes de Cristo (Burgess, 1991: 38).

Sin poblado como contexto, son bien distintas las circunstancias allegadas de los que siguen siendo los calderos mejor conservados que conocemos, el leonés de Lois y el cántabro de Cabárceno, hallazgos que nos permiten considerar, como comentábamos más arriba, el cambio de uso o sentido de los productos de metal según sus relaciones contextuales. Piezas completas, lo que ya les confiere notoriedad, y en relativo buen estado, parecen debidas a una expresa ocultación o, –si se quiere, jugando con la terminología de las armas en los ríos–, al acto de “arrojar” los calderos a la tierra. Además, no es solamente la ubicación subterránea de estos abultados recipientes lo que despierta nuestro interés, sino también el hecho de que en ambos casos se asocian a terrenos con una indudable singularidad mineralógica.

2 El caldero de Cabárceno (Cantabria)

El inexplicado hallazgo de Cabárceno es extraño (figs. 1 y 2). El somero informe, con un expresivo croquis de posición que nos ofreciese García y Bellido (1941) según las noticias y una fotografía que le aportara H. Obermaier, sitúa al caldero a quince metros de profundidad, bajo los sedimentos que colmataban una gran cavidad de sección en “V” abierta en la roca madre. No aporta mayor información el dibujo a pluma y acuarela que se conserva en el Museo de Arqueología y Prehistoria de Cantabria, en Santander (fig. 3) y tampoco nos parece que haya sido reconsiderada en detalle tan singular localización aunque fuera ya tentada una cierta valoración de la misma (p. e. De Blas Cortina y Fernández Manzano, 1992: 204 y Fernández Manzano 2003). Se accedió en 1912 a la zona del hallazgo en el transcurso del laboreo del mineral

de hierro contenido en los sedimentos aludidos. Resulta lógico preguntarse cómo pudo llegar el caldero a una posición tan subterránea.

De partida, apenas parece probable que alcanzara tanta profundidad por la posterior acumulación de tierras. El croquis señalado responde en su sencillez a la realidad de la estructura del subsuelo de Cabárceno (la gran cavidad en "V"), un complejo de lapiaces en aguja, colmatados los espacios inter-

medios entre aquellos por arcillas siderolíticas envolventes de nódulos ferruginosos. Se trata en esencia de un cars inscrito en las formaciones carbonatadas del Urgoniense. Cualquier hipótesis sobre la génesis de los depósitos arcillosos, acaso remon- tables al amplio intervalo Mioceno/interglaciario Riss-Würm (Rohou *et alii*, 1988), excluye su formación en una época tan reciente como para recubrir la crestería de lapiaces sepultando hondamente

Fig. 2. Caldero de Cabárceno, según Hawkes (1952).

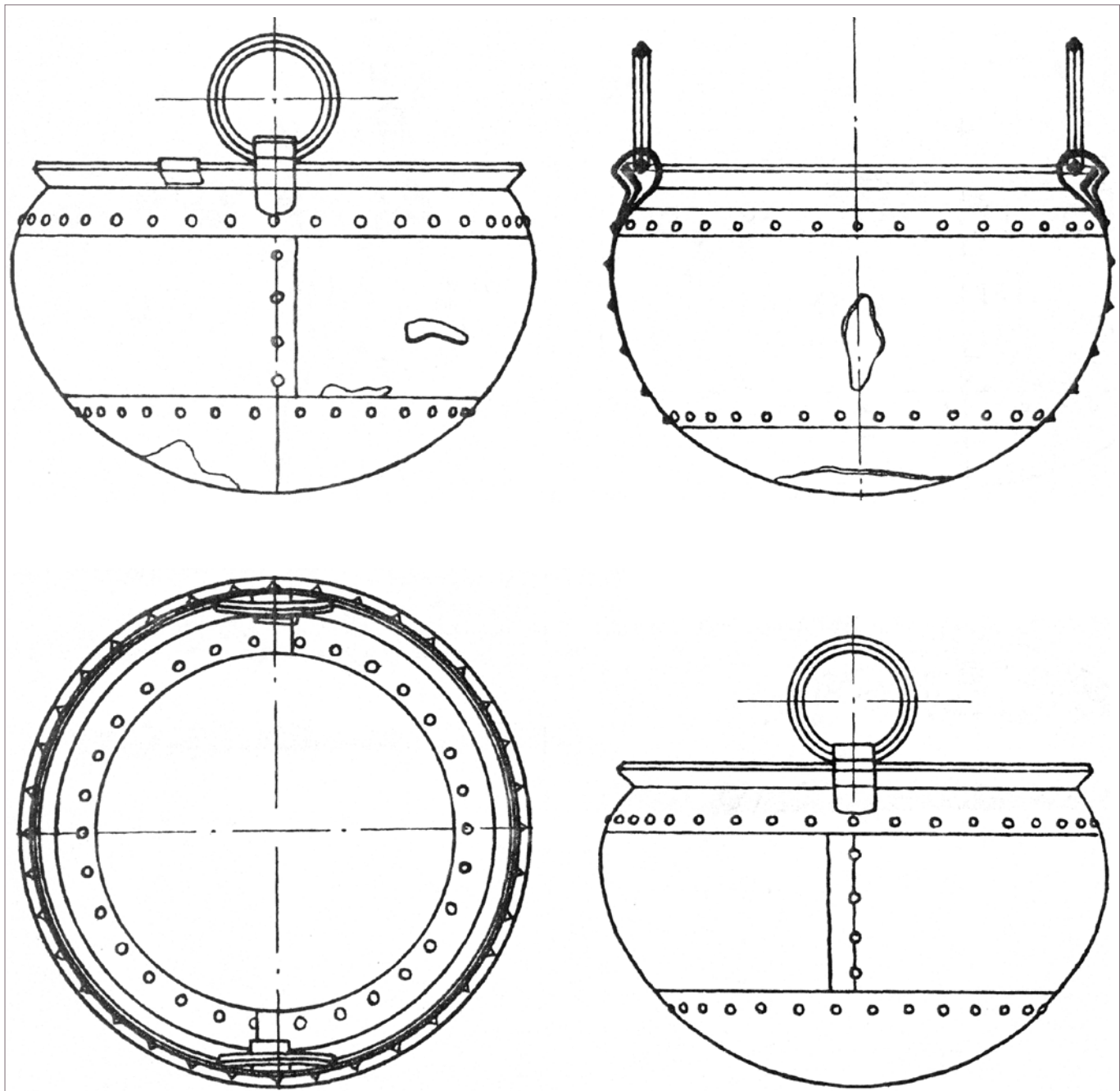
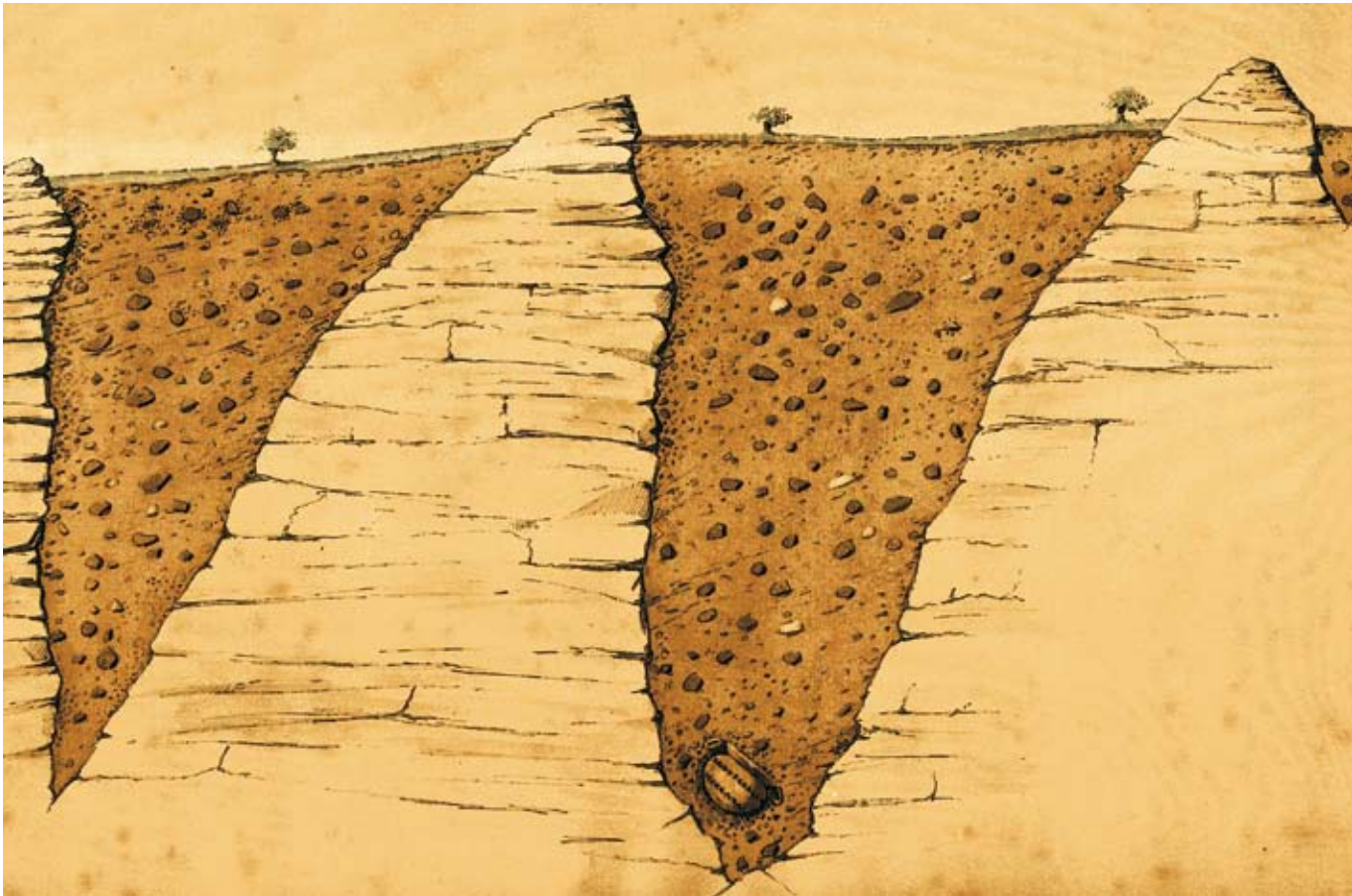


Fig. 3. Dibujo a tinta y acuarela explicativo de la posición del caldero de Cabárceno en la mina “Crespa” al ser descubrieron en 1912. (Cortesía del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria).



un objeto del Bronce Final, antes abandonado en superficie u objeto de enterramiento. Sólo cabe, en consecuencia, imaginar el deslizamiento del recipiente por una fisura natural, quizá la que se pudo producir en el contacto entre la masa arcillosa y la fuerte vertiente de uno de los subyacentes pitones calcáreos o, en condiciones algo parecidas, la existencia de una grieta en el lapiaz corroído por la que accediera el caldero hasta un paradero tan bajo.

De ningún modo negarían las opciones señaladas la intención de ocultar, de soterrar el recipiente, pero carecemos de los pertinentes datos y observaciones *in situ* que nos permitan defender la hipotética apertura de un largo pozo, en sintonía con los de interpretada función ritual conocidos en la Prehistoria europea, no ibérica, desde el Neolítico y de modo más notorio a lo largo de la Edad del Bronce. No obstante, tampoco habría que descartar la ubicación tan profunda del caldero merced al hueco

abierto en su época en el transcurso de alguna clase de trabajo minero.

Es bastante improbable que los obreros que lo descubrieron en 1912 llegaran a observar las condiciones concretas de su posición. Por lo que sabemos, el método de trabajo seguido allí entre 1880 y la Guerra Civil era el de la explotación en escalones. Situados los operarios en la parte superior de un talud, rompían con largos bastones de acero la masa arcillosa envolvente del mineral de hierro, precipitando después las tierras hacia una vertedera dispuesta más abajo, donde aquéllas iban siendo cargadas en vagonetas. Cuando las arcillas resultaban demasiado compactas se recurría a la dinamita, también empleada para el desmonte de las calizas intercaladas en el criadero (Bacho *et alii*, 1999: 45). Ambas formas de arranque se nos antojan escasamente propicias para cualquier observación con algún detalle de las particularidades, si es que

existieron, del espacio inmediato al caldero.

La minería de Cabárceno aporta nódulos de hidróxido de hierro (goethita) de color de rojizo a pardo, con brillo de adamantino a submetálico, cuerpos generados por la alteración superficial de las dolomías. Son brillantes y pulidos, y algunos de buen tamaño (Sánchez Alonso, 1990: 120) por lo que aparecen como elementos minerales llamativos, tal vez más apetecibles, ocasionalmente, como piedras raras que como menas de hierro.

Desde luego, en las fechas atribuibles al caldero era desconocida la técnica siderúrgica en el Norte peninsular. Un objeto de hierro en el poblado vallsoletano Soto de Medinilla, datado a fines del siglo VIII a.C., parece foráneo y solitario en su época y aún después (Delibes y Romero y Ramírez, 1995: 176), y aunque circularan en el sur de España algunos materiales del nuevo metal desde tiempo precolonial, hacia los siglos X y IX a.C., una producción de hierro propiamente ibérica no parece clara hasta el siglo VII a.C. e igualmente localizada en la región meridional del suroeste (Almagro Gorbea, 1993). Los cuchillos afalcatados o de hoja curva y otros útiles menores como punzones, forjados en el nuevo metal, que se conocen en poblados castellano-leoneses de los siglos VII y VI a.C. son también importaciones meridionales (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1996: 317 y 318). Los yacimientos de minerales férricos, a diferencia de los de cobre, menudean en los territorios más diversos, de modo que, aún retrasando la fecha del enterramiento del gran vaso metálico de Cabárceno hasta un tiempo de mayor generalización de la elaboración herrera, no sabríamos cómo defender la posibilidad de que las menas norteñas estuvieran por entonces atendiendo la demanda de los fundidores de regiones lejanas, muy al sur de la Cordillera Cantábrica. Por otro lado, en la inmediata Asturias es así mismo bastante posterior la normalidad del hierro; al menos en la detallada secuencia establecida en el castro del Chao Samartin (alta cuenca del Navia) no hay pruebas de actividad siderúrgica hasta el siglo IV a.C. (Villa Valdés, 2002: 183 y 184), limitada además a algunos restos de fundición.

Agotando la potencialidad interpretativa de una probable extracción de mineral, aún se podría pensar que en Cabárceno fueran tan interesantes las

goethitas como las propias arcillas de acentuado color rojo que las envuelven, brillantes y sin apenas impurezas, acaso apropiadas para la alfarería pero, de forma más sencilla, muy útiles como colorante de calidad. De buenos almagres y de su aplicación en el tintado de lana de oveja tenemos la certeza de su uso tradicional, dando lugar a extracciones de suficiente entidad como para satisfacer una demanda continuada. Fue tal el caso de la almagrera de Labra, en Cangas de Onís (Asturias oriental), cuya producción se exportaba a Castilla la Vieja, animada por el apogeo en los siglos XVI y XVII de los rebaños de La Mesta, y determinando una ruta que se llamó "Camín del Almagre" (Trespando, 2004), hoy conocida como la "Senda del Arcediano".

A falta de otros indicios, el vínculo caldero-actividad minera, sea cual fuere su sesgo específico, se ofrece en Cabárceno como el más verosímil; lo que resulta incuestionable es su paradero en ámbito extradoméstico. Situada la zona a sólo unos 5 km en línea de aire de la bahía de Santander, se inscribe en un espacio históricamente habitado con cierta densidad de lo que para fecha temprana pueden dar testimonio algunos castros como los de "Castilnegro", en Medio Cudeyo y "Peña Rubia", en Liérganes, este último a 6 km al sur-sureste de Cabárceno, mientras que también se hallan relativamente próximos otros menores en el inmediato sector costero como el del "Alto de Gurugú", en Boo de Guarnizo, o "El Ostrero", en Camargo. Sin embargo, por lo que hoy se conoce son todos ellos de la Edad del Hierro (Fernández *et alii*, 2003), si bien se registran indicios de hábitat fortificado de etapas muy finales del Bronce en el castro de La Garma, a unos 15 km del área de localización del caldero. Tampoco son frecuentes los documentos metalúrgicos del Bronce Final en la zona, si bien sean expresivas al respecto algunas hachas de talón y anillas en el entorno de la bahía santanderina (Monteagudo, 1977: Taf. 137A y 138A; De Blas Cortina y Fernández Manzano, 1992) o, ya más al Oeste pero también en el sector costero, en la confluencia de los ríos Saja y Besaya, el puñal de Hinojedo (Serna, 1983-1984), circunscrible en el horizonte Lengua de carpa/Ría de Huelva, ámbito tempocultural en el que no desdice el caldero y que, al otro lado de la Cordillera Cantábrica, coincide con

la etapa de plenitud metalúrgica de Cogotas I en la que se enraiza, a su vez, el caldero leonés de Lois.

Pero, más allá de cualquier concreción contextualizadora genérica, el singular depósito de Cabárceno sólo resulta inteligible por su relación tanto con una actividad económica específica, la extracción de minerales, como con las creencias de las gentes autoras de la misma, acaso primeros castreños de la comarca de Santander o sus antepasados inmediatos.

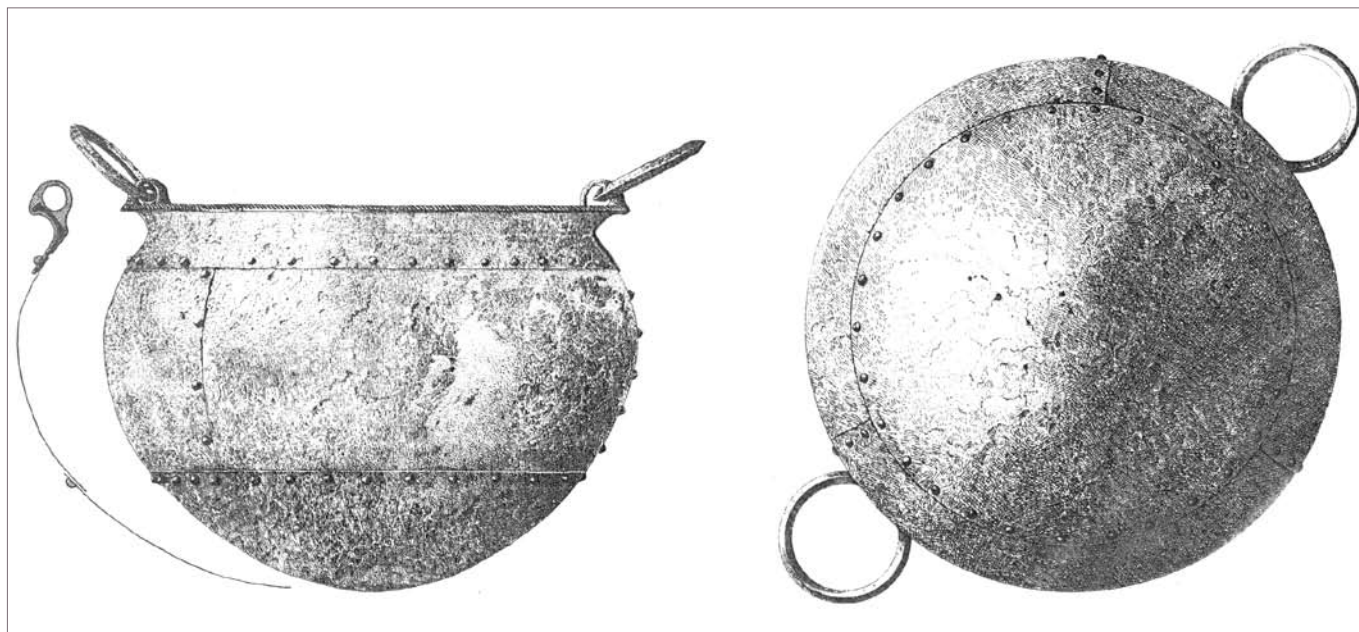
2 El caldero de Lois (Sasamón, León)

Las circunstancias del descubrimiento del otro caldero, el de Lois (fig. 4), en un paraje de plena montaña a más de 1.450 metros de altitud, guarda un fuerte paralelismo con el de Cabárceno, hallados ambos en el transcurso de explotaciones mineras modernas. En las labores industriales de Lois se extraía cinabrio para la pertinente obtención de mercurio, y el gran vaso metálico yacía a una decena de metros de distancia del lugar donde la galería moderna se unía a una excavación calificada de

“antigua”. Bajo el caldero se hallaban restos inexplicados de carbón vegetal y, a veinte metros del mismo, en un agujero, un hacha de empuje transversal de hierro, y un instrumento fabricado sobre una costilla de bóvido (Schubart, 1961). Pese al esquematismo de los detalles no cabe asociar al caldero con los útiles de hierro y hueso que responden a orígenes distintos. Sin entrar en grandes precisiones, el de hierro parece más propio de siglos recientes, con una mayor sintonía formal con los martillos representados en la *Encyclopedie de Diderot y D’Alembert* (Art des Mines, pl. II, fig. 54) que con los picos mineros de hierro de época romana, bien documentados, por ejemplo, en Riotinto, Cartagena o Jales (Domergue, 1987, II: figs. XXXV, XXXVI y XLb).

A los datos aportados por Schubart podemos añadir hoy las noticias recogidas 1995 por la Asociación Cultural y Deportiva “Cátedra de Lois”, con los recuerdos personales de dos de los mineros que participaron en el hallazgo. En la ya irremediable vaguedad de su relato destacan la alusión a galerías primitivas, a huellas de manos en las arcillas de la cueva en la que apareció el caldero, dispuesto “boca abajo”, y el que en sus inmediaciones ascendía una estrecha chimenea. Lamentablemente, las relaciones espaciales entre el caldero, algún lugar en el que

Fig. 4. Caldero de Lois (León), según H. Schubart (1961).



aparecerían fragmentos de cacharros y huesos de animales son tan genéricas e imprecisas que resultan inaprovechables (ver *La Cátedra*, 1995).

Más allá de tanta ambigüedad, se impone la ubicación del caldero en lo que serían vestigios de labores antiguas donde, en principio, no cabría esperar otra cosa que el beneficio del cinabrio.

Ciertamente, esta mena principal de mercurio abunda en algunos distritos mineros astur-leoneses con cincuenta localidades reconocidas que a tales efectos constituyen la concentración más importante del Norte peninsular. El yacimiento de Riosol, en Tarna, no lejos de Lois, produjo en el lapso 1964-1968 unas 65.000 toneladas de zafras, lo que se traduce en 340.000 kg de mineral (Julivert, 1969). Las mineralizaciones de mercurio que nos interesan, asociadas las menas de cinabrio a la estibina (antimonita) y fluorita, yacen encajadas en rocas carbonatadas, paquetes de calizas de montaña de facies Namuriense. El mineral se manifiesta en filoncillos irregulares que de modo ocasional pueden constituir grandes lentejones. La estructura del yacimiento, cuyo origen sería teletermal o epitermal, se debe a la existencia previa de grandes fracturas o frentes de cabalgamiento, áreas en las que se produce una mayor porosidad y fragmentación de la roca (Luque, 1974). En otras palabras, es normal que el cars interfiriera con las zonas de mineralización de los sulfuros de mercurio, en un tipo de mezcla semejanza a la que se observa en las minas de cobre, igualmente en medio calizo, del mismo sector montañoso a caballo de Asturias y León. Tal relación haría verosímil el contacto de la galería natural con las áreas de laboreo minero. La alusión a las huellas de manos en la arcilla no deja de recordarnos también lo observado a fines del siglo XIX en las minas prehistóricas de cobre del Aramo, intactas en el momento de su descubrimiento.

El caldero de Lois aparece en manifiesta soledad en la Montaña leonesa con respecto a los demás artículos que caracterizan la metalurgia de las postimerías de la Edad del Bronce en la comarca. El análisis de los actualizados mapas de distribución realizados por J. Celis es, al respecto, muy elocuente (Celis Sánchez, 2002). Se ubican, en efecto, bastante lejanos la mayoría de los testimonios, los notables más próximos, las hachas de talón de Cistierna o

la fíbula de codo de Sabero, esta última característica del horizonte de Lengua de carpa/Huelva, ya a dieciséis kilómetros aguas abajo en su misma cuenca fluvial, mientras que las concentraciones metalíferas de entidad, en las áreas de Villasabariego y Mansilla de las Mulas, se localizan a más de cincuenta kilómetros en línea de aire, en plena campiña del Esla. Otra concentración de importancia en Camposalinas, a igual distancia pero ya al suroeste de Lois, se integra en el valle del Bernesga, con un espacio intermedio entre ambas cuencas fluviales sumamente quebrado por la tajadura de otros ríos que desde la Cordillera Cantábrica discurren hacia el Sur.

En una escala espacial más amplia, Lois no deja de ubicarse en el ámbito de los buenos depósitos del Bronce Final castellano-leoneses, donde el papel ritual de ciertos productos metálicos no es insólito, con casos tan sugerentes como el del *palstave* plano con dos asas asociado a la fuente termal y medicinal de Valdelateja, en el norte de Burgos (Delibes, Fernández Manzano y Pérez, 1997), teniendo además en cuenta que la fuente es siempre, como la caverna, un enclave de relación con lo subterráneo.

En general la precisión sobre el origen de toda esa metalistería es escasa, ¿poblados en algún caso? Los hábitats bien reconocidos –los característicos pequeños poblados de la Primera Edad del Hierro o fase Soto Pleno en terminología arqueológica local, sitios en cerros que se elevan sobre su entorno, controlando los ríos y sus fértiles vegas–, se encuentran bastante al Sur y fuera ya del medio montano, siendo el más inmediato el de Nava de los Caballeros, aguas abajo en el mismo eje fluvial de Lois, pero a la distancia muy estimable de más de 40 km en vuelo de pájaro (Celis Sánchez, 2002: fig. mapa n.º 3).

En suma, el hallazgo del caldero de Lois no resulta solamente llamativo por su ubicación en un marginal paraje en la cordillera, sino por su soledad contextual, en un territorio más adecuado para la explotación pecuaria que para cualquier otra actividad de subsistencia (salvo la que se derivara básicamente de la caza). No obstante, el sector Riaño-Tarna al que Lois pertenece ofrece, como señalábamos, diversas posibilidades mineras que habrían impelido ya durante las primeras

Fig. 5. Escudo de armas de los Lara (según Schieper Campos).



etapas metalúrgicas prehistóricas su lógico reconocimiento, por parcial o poco trascendente que fuere el mismo.

Es apenas probable que hubiera sido precisamente el mercurio lo que en Lois se buscaba en la época de vigencia del caldero clavetado; salvo alguna excepción, como acontece durante el Bronce Final (*LBA*) en Rathgall, Irlanda (Craddock y Tite, 1981), ese pesado metal sólo tuvo un empleo más o menos frecuente en época greco-romana, en particular en la separación del oro, aplicado el mercurio como amalgama, remontándose solamente su tiempo más temprano de uso en el Mediterráneo Oriental a los siglos terminales del primer milenio a.C.

Por el contrario, el recurso al cinabrio o bermellón, como sustancia apreciada está bien documentado desde milenios antes y a veces en cantidades considerables. El caso del sepulcro megalítico de la Velilla, en Osorno (Palencia), es notable, envueltos los esqueletos de los inhumados en una masa del mineral rojo (Martin Gil *et alii*, 1994).

Si no cabría defender, por falta de los pertinentes datos arqueológicos, el beneficio permanente durante milenios del bermellón del tramo de la Cordillera Cantábrica en el que el yacimiento de Lois se ubica, sí se podría rastrear, siquiera mínimamente, la importancia del pigmento escarlata en tiempos cercanos a los que conocieron el uso de los grandes calderos de chapa de bronce. Las cabañas del poblado vallisoletano del Soto de Medinilla, pongamos por caso conocido, eran enlucidas y pintadas con un colorante rojo de esa naturaleza (Delibes *et alii*, 1995: 162, 168 y 170), algo que también se observa en otros poblados contemporáneos de la Submeseta norte, entre ellos el zamorano de Benavente. En éste, los enlucidos de la cabaña de la fase 7 incluían sulfuro de mercurio, el mismo pigmento utilizado en las cerámicas de Manzanal de Abajo, datos obtenidos tras los pertinentes análisis espectrográficos realizados por el Museo Arqueológico de Zamora (Escribano, 1990).

Pero el aprovechamiento del cinabrio no se reduce a lo señalado, ni siquiera al ámbito simbólico del color rojo, probado en tantas sociedades primitivas y civilizadas (el rojo distintivo de los cardenales en la Iglesia católica o como mensaje de luto en la ortodoxa), sino a su utilización profiláctica o incluso, según nos propuso G. Delibes, como sustancia conservante, embalsamadora, de ahí su probable empleo para la preservación de los cadáveres en tumbas prehistóricas¹ como alguna que señalábamos más atrás (Delibes, 2000). Como sustancia terapéutica tiene igualmente el cinabrio una larga historia. La "sangre de Dragón", así bautizaron a este mineral los persas, entraba en la composición

1. En general son desconocidas las pruebas de la conservación de cadáveres en la Europa de la Edad del Bronce, pero de su realidad parecen hablar los descubrimientos recientes de Cladh Hallan, en las *Western Isles* escocesas, donde varios cuerpos (c. siglos XVI y VIII cal. a.C.) habrían sido depositados en sus tumbas cientos de años después de muertos; por tanto, previamente sometidos a alguna forma de momificación (cfr: Parker Pearson *et alii*, 2005).

de las píldoras de inmortalidad elaboradas en China hace más de 3.000 años, mientras que en la medicina árabe del siglo X era apreciado como muy eficaz en la contención de hemorragias uterinas, mezclado el bermellón, entre otras sustancias como el ámbar o el coral, con cuerno de ciervo calcinado (Barrier, 2005: 30). Todo esto nos hace considerar nuestra ignorancia sobre las prácticas sanativas del Bronce Final y la verosímil antigüedad de muchas fórmulas de la medicina popular. Sin duda un relicto de prácticas antiquísimas, documentada en el XIX en Asturias, fueron las infusiones de asta de ciervo para remedio del temido “mal de ojo” (Rada y Delgado, 1860: 259), mientras que en la Francia tradicional las piedras rojas constituían, por mero contacto con la parte afectada del cuerpo, remedio para las hemorragias, hemorroides o retrasos de la regla; también, entre otros variados beneficios, facilitaban el parto (Ribon, 1993: 139).

La opción del aprovechamiento de algún otro mineral en Lois no sería, en principio, imposible: recordemos que al cinabrio se asocian la fluorita y la antimonita. En particular la primera ofrece a menudo buenos cristales, transparentes o con coloraciones diversas (Molfullada Borrell, 1999: 264), violeta en la mina leonesa, pero son piezas muy blandas que con el uso pierden pronto su belleza (G. Corretgé, comunicación personal); piedras preciosas que, al fin y al cabo, son desconocidas en el registro arqueológico regional.

Tras lo expuesto, no nos parece aventurada la hipótesis del vínculo pigmento rojo-calderos, ya escuetamente apuntada hace un decenio en el caso del hallazgo de Lois (Esparza, 1995: 116) y el que, a nuestro entender, los calderos se inscriban en una actitud cultural íntimamente asociada a las peculiaridades del trabajo minero².

Con tal perspectiva es lamentable que no se les pueda conceder el protagonismo –que acaso habrían reclamado disponiendo del adecuado registro arqueológico–, a las cenizas de madera de encina dispuestas bajo el vaso de Lois. Imaginar el

caldero al fuego en una rara y subterránea operación culinaria no haría, a la postre, más que recaer en la singularidad del hallazgo. Por otra parte, la opción funeraria no parece aquí solvente, aún cuando los vasos metálicos de gran tamaño hayan sido elemento destacado de la pompa sepulcral, desde los Balcanes a los túmulos principescos del Occidente alpino; un proceder que hunde sus tempranas raíces en los ejemplares de hojas metálicas unidas por remaches del universo sepulcral cretominico, modalidad propagada a otras regiones de Grecia a partir del siglo XVI a.C. (Matthäus, 1980: 84).

No hay, en efecto, indicación alguna de que existieran en Lois despojos esqueléticos humanos, a pesar de las condiciones idóneas para su conservación en un medio litoestratigráfico de baja acidez, posibilidad que acredita el hallazgo de la citada costilla de bóvido. En cambio, este vestigio animal inexplicado nos sugiere que un importante recurso económico del área de Lois sería el ganadero y que la carne vacuna habría de ser la destinada preferentemente a los banquetes en los calderos bronceos, de modo que aquellos vendrían a establecer un puente de relación entre dos expresiones de riqueza: la mineral y la pecuaria. Fue la cabaña bovina la dominante a lo largo de toda la historia del importante poblado de Soto de Medinilla, circunstancia reiterada durante la Edad del Hierro en otros poblados meseteños (Morales y Liesau, 1995: 482-485). Ya en tierras de León también se precisa el valor del vacuno en el castro de “Sacaojos” y, con más detalle, en el cenizal del de Valencia de Don Juan, en la fase que se inicia en el siglo VIII a.C., según datos inéditos que debemos a su investigador, Jesús Celis. Viene todo ello a desvelar la existencia por entonces de ricos pastizales, en buena parte de una amplitud favorecida por las precipitaciones de lluvia y nieve del ciclo climático subatlántico, más cuantiosas que las actuales. Ese recurso vegetal no dejaría de ser aún mayor, gracias a su altitud, en la comarca montañosa de Lois.

2. La realidad del laboreo prehistórico del cinabrio en la mina-cueva de Lois toma además cuerpo con el hallazgo de instrumentos de piedra muy característicos, testimonios de los que da cuenta cumplida en este mismo coloquio la Dra. Ana Neira, de la Universidad de León; también en el trabajo de Alonso Herreo *et al.*, que acaba de salir a la luz, pp. 218-221.

3

La conjunción de calderos y minas en una perspectiva suprafuncional

Es bien sabido que calderos como los considerados tuvieron un uso ceremonial, siendo la comensalidad un acto ilustrativo de los mecanismos de cohesión social (Coombs, 1975: 74), y acaso también de complicidad con las divinidades. No parece incierto que, con distintas formas de adaptación, tales prácticas se fueran difundiendo desde el Oriente europeo hacia el centro y occidente continentales.

En el juego de hipótesis que la frecuencia de los calderos del Bronce Final vino alimentando se ha llegado incluso, en virtud de su capacidad como contenedores (los de Lois y Cabárceno, de dimensiones parecidas, ofrecen un volumen de más de sesenta litros), a relacionarlos con la magia metereológica, propiciando en ceremonias *ad hoc* el control de sequías e inundaciones (Coles y Harding, 1979: 369-370). Se inspira tal propuesta en el hecho de que ciertos vasos con ruedas cumplieran un papel destacado en ritos encaminados a la dirección del tiempo atmosférico, como parece que acontecía en

la ciudad de Krannon, en Thessalia, según algunas monedas del siglo IV a.C. (Green, 1998: 68) y los escritos, ya en la centuria siguiente, de Antigonus Paradox (*Paradoxographorum...*).

Acaso fuera un vínculo de esa naturaleza el que hubo de asociar durante el Bronce Final a calderos y medios acuáticos, tradición que en algunas regiones de Europa occidental alcanzaría, a través de la Edad del Hierro, la época romana. La insistente localización de los vasos en ámbitos extradomésticos repite situaciones que parecen pautadas, localizados en la ribera de espacios acuáticos o hundidos en ciénagas y pantanos. El fenómeno alcanza una dilatada amplitud territorial; desde Bohemia, con los hallazgos de la fuente termal y sagrada de Duchcov, fechados a fines del siglo IV a.C. (Kruta, 1979), hasta Irlanda donde se repiten los testimonios en ambiente palustre, haciendo verosímil la identificación de otra forma de uso de los grandes vasos metálicos; al fin también objetos de alto valor intrínseco e igualmente entregados a las aguas, tal vez, como se propusiera hace tiempo, a modo de oblación a las deidades acuáticas (Coombs, 1975: 72).

Esa proyección inmaterial de los calderos aflora todavía en época histórica, señalados en los escritos

Fig. 6. Escena 42 del Tapiz de Bayeux con el caldero de asas en anilla al fuego (fotografía de *Actes du Colloque de Cerisy-la-Salle*, 1999).



mitológicos de Gales e Irlanda como “instrumentos de muerte y resurrección”, de nuevo pues la vertiente simbólica que bien pudiera deberse tanto a la longevidad de las tradiciones prehistóricas como al hecho, no descartable, de que los clérigos insulares redactores de aquella literatura legendaria se hubieran inspirado en los textos clásicos donde menudean las referencias a los grandes vasos (Green, 1998). Precisamente de calderos, sacrificios y sangre hablaron, entre otros, Strabon o Posidonius y de su importancia ritual, y también como atributos tangibles de poder y prestigio, dan fe tantos hallazgos arqueológicos incluidos, como ya comentábamos, los de carácter funerario que, a su vez, explicarían la presencia de costosos recipientes en las tumbas bárbaras, entre las cuales sigue ocupando un lugar excepcional la de Vix. En la contextualización de los calderos atlánticos, más allá de toda posibilidad funcional, utilitaria, subyace la ambivalencia del agua, líquido vital, que como la sangre, simboliza la relación circular vida y muerte; extinción y resurrección. Los vínculos entre caldero e inmortalidad no son ajenos al mundo clásico: el mito iniciático de la cocción del niño despedazado constituía, en numerosas leyendas helénicas, una operación mágica destinada a conferir virtudes diversas al que sufre tal prueba, comenzando por la vida eterna (Léveque y Séchan, 1990: 295).

No acompañaban a nuestros solitarios calderos los ganchos de bronce para el manejo de la carne, útiles cuya presencia es tan limitada como expresiva, al igual que la de los propios vasos, en la mitad septentrional de Iberia, componiendo un binomio característico del consumo ceremonial de carne hervida. Los ya catalogados de Cantabranca (norte de Burgos), Barrios de Luna (León), depósito de Hío (Pontevedra) o Senhora da Guía (Viseu, Portugal) provienen de medios diversos pero asociados a los calderos (Delibes de Castro, Fernández Manzano y Celis Sánchez, 1992-93). La ausencia de los ganchos en Lois y Cabárceno acaso responda al cambio de uso sufrido por ambos recipientes que en su contexto subterráneo se orientarían hacia intenciones diferentes de las primarias; en definitiva, un sugerente apoyo a la propuesta de que la utilidad o el simbolismo de un mismo objeto son distintos según la sociedad que los emplee (Bradley, 1985), y que

únicamente el mayor conocimiento contextual toleraría la percepción de cada significado particular.

En congruencia con lo apuntado, brota la idea de que los vasos de Lois y Cabárceno obedecieran, en su extraña ubicación, a segundas intenciones, aunque en ambos casos no fuera el medio acuático, sino el terrestre, el elegido para su definitiva amortización. Esa hipotética dicotomía, agua-espacio subterráneo, resulta atrayente por la potencialidad especulativa de la implicación de dos ámbitos hostiles a los humanos que, a la vez, son generadores de vida y receptores de la muerte.

Los calderos ocultos en grietas y disociados de los pertinentes ganchos no dejarían de insistir entonces en un destino diferente al primario del cocinado de la carne, bien respondiera aquella operación culinaria a un ceremonial de redistribución de la riqueza o, en el polo opuesto del mismo campo interpretativo, a la exaltación del poder y de los pactos entre élites (Gómez de Soto, 1992); bienes, en fin, que por su valor se incluirían entre los de prestigio cuya circulación estaba sujeta a razones políticas como la oferta de regalos certificadores de alianzas entre jerarcas, lo que a su vez animaría las relaciones económicas, etc. (Ruiz Gálvez, 1986: 33).

El contexto en Lois y Cabárceno es determinante, y si se admite como más probable el señalado vínculo calderos-trabajo minero, aquéllos no tendrían sentido como instrumentos de alguna utilidad laboral. Parece más ponderada, por tanto, la probable función suprautilitaria verificada en un paraje donde convergen dos circunstancias dominantes: el vaciado de la tierra con la toma de sus riquezas, y el ámbito subterráneo, la mina-cueva, donde se produce tal sustracción.

Ya nos detuvimos en otra oportunidad en la naturaleza especial del trabajo minero, tarea sometida a específicos tabúes en numerosas sociedades primitivas, a menudo reconociendo la existencia en el subsuelo violado de seres poderosos. En tales circunstancias, la oblación, la ofrenda, se torna imprescindible para “descartar el peligro, conjurar el miedo, plegarse ante el dominio de las fuerzas extrahumanas...” (De Blas Cortina, 2003: 45). Entender pues los calderos que nos ocupan como la oblación a la mina y a los poderes que la rigen es al menos una idea plausible. La gruta, y la mina

lo es en gran medida, conforma un lugar de tránsito entre la luz, la vida, y el subsuelo, tantas veces reino de la muerte. Las oquedades subterráneas se asimilan pues a las zonas de margen, siguiendo los términos de Van Gennep, áreas neutras entre dos mundos como lo serían el desierto, la selva virgen o los pantanos (Van Gennep, 1909; *idem*, 1986: 27 y 28).

Curiosa, la visión de las ciénagas como sector neutro y, aún después, sagrado. Fue en pantanos y riberas lacustres donde hallaron su paradero último buena parte de los calderos. Ocurrió también con el más ilustre y exótico (¿galo?, ¿tracio?), de los calderos occidentales, el danés de Gundestrupp, aunque bastante más moderno, *circa* 100 a.C., que, de acuerdo con los análisis de la turba que lo envolvía, yacería en la orilla seca de un pantano donde, la sugerencia es de Klindt-Jensen, hubo de estar protegido como objeto de culto por una “barrera ritual” (Bergqvist y Taylor, 1987: 11 y 12). Esa misma localización se mantiene en otros hallazgos datables en la Edad del Hierro, e incluso de época romana, en Irlanda y Escocia (Piggot, 1953). Hubo de ser precisamente el mismo paraje neutral, en los confines de la vida con la muerte, el que acogiera también a fines de la Edad del Bronce otras deposiciones de objetos muy apreciados, bienes cuyo gravoso abandono sólo justificaría el imperativo ritual. Los dieciséis escudos metálicos “ofertados” al lago sueco de Vänern sustancian un referente de tal entidad que no convendría obviar, toda vez que la relación de los escudos con lagos y pantanos se constata con llamativa frecuencia (Coles *et alii*, 1999: 44 y 45).

Final y recapitulación

4

La resistencia a la lectura votiva de determinados objetos suele proceder de la inercia que sólo acepta en los materiales arqueológicos aislados tres causas que les den sentido: el abandono, la ofrenda funeraria o la simple pérdida (Schiffer, 1976: 30). Frente a ese constreñimiento argumental vienen gozando de fuerza progresiva opiniones más abiertas como las

que, por el contrario, defienden la deposición ritual como una de las más importantes transacciones en la sociedad prehistórica (Bradley, 1990: XV); una parte fundamental de las relaciones multiformes entre la gente y los objetos y una expresión básica de la “vida social de las cosas” (Appadurai, 1986: 35-39).

El ya extenso alegato sobre el papel no estrictamente culinario de los calderos, sobre su amplia dimensión extramaterial, tal vez no se redujera en el ámbito ibérico a las postrimerías de la Edad del Bronce. Dos testimonios pueden ser, al respecto, elementos de prueba o, al menos, de consideración atenta. Por un lado, el relato gráfico contenido en las diademas áureas de atribución geográfica itinerante (conocidas sucesivamente como de Ribadeo, San Martín de Oscos y, últimamente, Moñes), datadas en el siglo III a.C., en el que se relacionan calderos y agua, representando un acontecimiento que sin violencia se interpreta como ceremonial (López Monteagudo, 1977); por otro, el descubrimiento de un raro jarro de bronce ubicable en la segunda Edad del Hierro de la Submeseta norte, hallado en el mismo lugar en el que se descubriera la *tessera hospitalis* de Montealegre de Campos y acaso vinculado con aquella, de modo que ambos elementos pudieran ser piezas del mismo aparato ritual inherente a la firma del pacto renovado, por tanto ya anterior, entre los prerromanos amallobrigenses y caucenses (Delibes de Castro y Romero Carnicero, 1988).

La larga vigencia de la dimensión simbólica de los calderos nos anima, incluso, a considerar hasta qué punto no pudiera pervivir, con las adaptaciones que fuere, en la heráldica cuajada en el medievo. Desde luego, no son raros los calderos representados en los escudos de armas, y no solamente en los de aquellos linajes de nominación tan obvia como Caldera, Calderón o Caldeira, sino en los de otros como Manrique de Lara (fig. 5), Arévalo, Herrera o Yarraín en un repertorio de considerable amplitud (Schieper Campos, 2000) que en el específico caso de Asturias se aproxima al medio centenar (Sarandeses, 1994). La hermeneútica heráldica suele tropezar con el interesado trasfondo legendario que da lustre a un apellido; por ello es un campo resbaladizo. Hay explicaciones que resultan, no obstante, más convincentes: el caldero como insignia de algunos “ricos

Fig. 7. Salterio de Lutrell: calderos y cocineros (fotografía de *Actes du Colloque de Cerisy-la-Salle*, 1999).



hombres de mesnada”; es decir, de aquellos capaces de mantener con sus medios a hombres y armas, la facultad que les otorgaban los reyes de “hacer gente para la guerra”. Pero esa lectura tradicional, simplificada en dar de comer a sus guerreros, versión que nos confirman en consulta personal los profesores M.A. Ladero Quesada y F. Menéndez Pidal, de la Real Academia de la Historia, no deja de recuperar viejos aromas: la idea de comensalidad, la alianza, y la exhibición de poder; por tanto, la simbolización del prestigio. No es la caldera, en todo caso, un asunto presente en los escudos de los linajes europeos de los siglos XII, XIII y XIV, aunque con posterioridad haya algunos; es en esencia una insignia castellana lo que, obviamente, no deja de señalar una tendencia local no perceptible en otras áreas europeas donde los calderos gozaron de protagonismo a lo largo del último milenio antes de Cristo. Como nota singular, y de nuevo remitiéndonos al carácter extraordinario de tales emblemas, notemos lo que a propósito de la caldera dice el *Dictionnaire héraldique* de Charles Grandmaison, París (1852), col. 110: “Blasón (‘meuble d’armoiries’) que representa las calderas de bronce en las que los pueblos antiguos del Épiro componían su música sagrada”.

Sea como fuere, el vínculo caldero-carne goza de una razonable longevidad y el consumo de esta última es tanto en sociedades primitivas como en las

históricas propio de un alto estatus, idea que todavía alienta en la mentalidad del mundo desarrollado, mientras que la calidad de la dieta y su elaboración son propias de culturas con formas institucionalizadas de jerarquización social, diagnóstico al que acaso también puedan añadirse el tamaño y la bondad de los recipientes (Veen, 2003: 417 y 418). Como señala Montanari, la carne se manifiesta en más de un momento histórico como “un instrumento para proporcionar energía física, vigor, capacidad de lucha, unas cualidades que constituyen la primera legitimación auténtica del poder”; como consecuencia, no comer carne puede constituir a su vez una forma de marginación con respecto a la sociedad de los fuertes (Montanari, 1993: 25).

Buscando una expresiva ilustración histórica de pacto, comensalidad, carne y calderos, nos fijamos en el tapiz de Bayeux (fig. 6). Las escenas 42 y 43 de la larga crónica bordada en el siglo XI muestran la cocina y la comida como referentes de una triple función pautada: preparar, servir y consumir. Una secuencia en la que lo cotidiano se funde, en opinión de algunos iconólogos, con la sacralidad cristiana y mística. Hay otras coincidencias notables al respecto en la épica francesa medieval. En la canción de gesta de *Charroi de Nîmes*, compuesta hacia mediados del siglo XIV, se cuenta que cuando el héroe Guillaume de Orange entra con sus caballeros en el territorio

enemigo ya están allí los cocineros para prepararle la comida especial que precedía al combate. La misma escena, con un parecido que no cabe atribuir al azar, se recoge en las ilustraciones del Salterio de Lutrell, del siglo XIV (fig. 7), un documento en el que se funden lo sagrado y lo profano a través de los tres ordenes sociales del medioevo: *laboratores* (productores-agricultores), *oratores* (clérigos y obispos) y *bellatores* (la clase guerrera) (Levy, 2004). También en el bordado de Bayeux es anterior el banquete a la decisiva batalla de Hastings, destacando en su preparación el caldero colgado al fuego, probablemente con dos anillas como los tipos prehistóricos. En la escena siguiente, 43, aparece Guillermo el Conquistador en torno a una mesa redonda, acompañado también por clérigos y guerreros (de nuevo los tres órdenes de servidores, religiosos y soldados), escena en la que cabría desvelar la probable alusión a la Sagrada Cena, resaltado una vez más el acento sacro de una escena en principio profana (Levy, 2004: nota 45).

En fin, con independencia de su utilidad original, los calderos de las postrimerías de la Edad del Bronce se incardinan como instrumento esencial de bien determinadas operaciones rituales. Los de Lois y Cabárceno, vinculados a yacimientos mineros en los que el pigmento rojo se erige como un reconocible denominador común, bien pudieran haber desempeñado en contexto tan inesperado una misión particular como la de la oblación: un acto compensatorio del expolio de la deseada riqueza subterránea.

Sabemos ya de suficientes indicios de prácticas rituales en las minas prehistóricas: las figuras zoomórficas, de carácter religioso en la cultura de Vinča que sellaban algunos pozos en la mina serbia de Rudna Glava, o la tablilla cerámica antropomorfa de las explotaciones de variscita de Can Tintoré, en Barcelona, no son casos únicos. Ya en otra ocasión, entendíamos como debidos a esa actividad supramaterial la llamativa distribución de esqueletos humanos en distintas galerías de las minas de cobre del Aramo, en Asturias. Vimos entonces en un acontecimiento tan singular el reflejo de una conducta que no cabría interpretar como estrictamente funeraria, sino de otra más elaborada, votiva, de entrega a la mina y a las fuerzas que la rigen de

los cadáveres: la ofrenda compensatoria buscando en una primera intención aplacar a los verdaderos propietarios de los bienes del subsuelo; la oblación como agradecimiento y solicitud de acuerdo (de Blas Cortina, 2003).

Nuestros calderos, en resumen, sin causa práctica reconocible para su presencia en el medio mineral, subterráneo, acaso adquirieran un significado plausible en esa calidad de oblación –¿incluida además la oferta culinaria, lo cocinado en los mismos?–, de entrega al poder subterrenal de un bien intrínsecamente valioso, acrecentada además tal estima por su previa dimensión simbólica. El caldero y la carne bien pudieran haber operado como contribución al pacto efectuado en un espacio neutral, en el tránsito entre el reino de la luz y el de las tinieblas, del mismo modo que fueran zona neutra las orillas de pantanos y lagos, esa franja entre la tierra y el agua donde se hallaron tantos calderos de las Edades del Bronce y del Hierro.

Pero hablar de actos rituales no implica, de ningún modo, desentenderse de las restantes realidades económicas y políticas en los que se integran sin constituir un mundo aparte (Osborne, 2004: 7). Así hemos procedido en este caso, conscientes de que el nexo entre los actos culturales y los socioeconómicos es a menudo sumamente sutil, por lo que no cabe, sin más, interpretar aquellos como una mera subordinación de éstos.

Resumen:

Los calderos del Bronce Final, de tipo “irlandés”, de Lois y Cabárceno, en el norte de España, proceden de contextos infrecuentes: ni poblados ni depósitos metalúrgicos. La revisión de esas localizaciones singulares permite la propuesta de una nueva forma de deposición de tales recipientes, vinculada al universo subterráneo y a la explotación de pigmentos minerales rojos. La relación caldero-minería se interpreta bajo una óptica ritual: la mina es una zona neutra, como los lagos y medios acuáticos en los que fueron descubiertos la mayoría de los calderos contemporáneos, una zona de tránsito entre el mundo exterior y las profundidades de la tierra. En ese lugar especial los mineros tratan de compensar a los poderes infraterrenos con ofrendas valiosas (en este caso los grandes calderos) por la cesión de sus riquezas minerales.

Palabras clave:

Bronce Final, norte de España, calderos, minería prehistórica, pigmentos rojos (cinabrio y arcillas rojas), ofrendas rituales.

Abstract:

The Later Bronze Age cauldrons of “Irish type” in Lois and Cabárceno, in the North of Spain, come from infrequent contexts: nor from the village neither metallurgical hoards. The revision of those peculiar locations permits the proposal of a new way of deposition of such recipients, connected with the underground univers and the red mineral pigments exploitation. The relationship cauldrons – mining is here interpreted under a ritual point of view: the mine is a neutral zone, as lakes and water environments where the most part of the cauldrons were founds, a zone of transit between the external world and the earth depths. In this peculiar place the miners pretend to compensate the subterranean powers with valuables offerings (in this case the big cauldrons) by the cession of their mineral wealths.

Key words:

Later Bronze Age, North of Spain, cauldrons, prehistoric mining, red pigments (cinnabar and red clays), ritual depositions.

Nota bene:

A medida que avanzaba la redacción de este trabajo iban surgiendo preguntas variadas; en la búsqueda de respuestas no dudé en dirigirme a diferentes personas a las que manifiesto mi gratitud por su buena disposición: Jesús Celis, del Instituto Leonés de Cultura; G. Delibes y F. Romero, de la Universidad de Valladolid; César González Sainz y Manuel Frochoso, de la Universidad de Cantabria; G. Corretgé, de la Universidad de Oviedo; Ángel Esparza, de la Universidad de Salamanca; Amparo López Ortiz, del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, y M.A. Ladero Quesada y F. Menéndez Pidal-Navascués, de la Real Academia de la Historia. En el tratamiento de los documentos gráficos conté con la colaboración de J. Fernández Tresguerres y José Luis Seoane, de la Universidad de Oviedo.

Miguel A. de Blas Cortina:

Departamento de Historia (Prehistoria). Universidad de Oviedo. OVIEDO, E 33071. E-mail: deblas@uniovi.es.

Bibliografía:

- ALMAGRO GORBEA, M. (1993): "La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante", *Complutum*, 4, Madrid, Universidad Complutense, pp. 81-94.
- ALONSO HERRERO, E., MATÍAS RODRIGUEZ, M., FUERTES PRIETO, S., PÉREZ ORTIZ, L., SAN ROMÁN FERNÁNDEZ, F. y NEIRA CAMPOS, A. (2005): "Evidencias de minería antigua en la cuenca alta del río Esla (León, España)" en O. Puche y M. Ayarzagüena (eds.): *Minería y metalurgia históricas del sudoeste europeo*, Madrid, SEDPGYM-SEHA, pp. 215-224.
- APPADURAI, A. (1986): "Introduction: commodities and the politics of value", *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge University Press, pp. 3-63.
- ARMADA PITA, X-L. (2002): "A propósito del Bronce Atlántico y el origen de los calderos de remaches peninsulares", *SAGVNTUM*, 34, (P.L.A.V.), Universitat de Valencia, pp. 91-104.
- BACHO, J.M., CUETO, G.J., MORENO, S. y SÁNCHEZ, G. (1999): *La minería del hierro en el valle de Villaescusa*, Santander.
- BARRIER, P. (2005): "Aux bons soins du mercure", *Géochronique*, n.º 93, Société Géologique de France, pp. 30-33.
- BERGQVIST, A. y TAYLOR, T. (1987): "The origin of the Gundestrupp Cauldron", *Antiquity*, 61, pp. 10-24.
- BLAS CORTINA, M.A. de (1991-1992): "Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica", *Veleia*, 8-9, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, Universidad del País Vasco, pp. 109-137.
- (2000): "La prehistoria postpaleolítica cantábrica: de la percepción de las similitudes neolíticas a las irregularidades documentales en las etapas metalúrgicas", *Pré-Historia Recente da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, Porto, vol. IV, pp. 33-47.
- (2003): "La mina como ámbito infraterreno y el cadáver como ofrenda ritual. A propósito de los esqueletos humanos hallados en las explotaciones cupríferas del Aramo" en J. Fernández Manzano y J.I. Herrán (eds.): *Mineros y fundidores en el inicio de la Edad de los Metales. El Midi francés y el Norte de la Península Ibérica*, León, Fundación Las Médulas y Caja España, pp. 32-48.
- BLAS CORTINA, M.A. de y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1992): "Asturias y Cantabria en el primer milenio a.C." en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum, 2-3, pp. 399-416.
- BRADLEY, R. (1985): "Exchange and social distance: the structure of bronze artifacts distributions", *Man*, 20, pp. 691-704.
- (1990): *The Passage of Arms: An Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*, Cambridge University Press.
- BRIGGS, C.S. (1987): "Buckets and cauldrons in the Late Bronze Age of North-West Europe; a review", *Les relations entre le continent et les îles britanniques à l'Age du Bronze. Actes du Colloque de Bronze de Lille*, R.A.P./S.P.F., Amiens, pp. 161-187.
- BURGESS, C. (1991): "The East and the West: Mediterranean influence in the Atlantic World in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C." en Ch. Chevillot y A. Coffyn (dirs.): *L'Age du Bronze Atlantique. Actes du 1º Colloque du Parc Archéologique de Beynac*, Pub. de l'Association des Musées du Sarladais, pp. 25-45.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (2002): "El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el Noroeste de la Meseta" en M.A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, Coloquios de Arqueología en la Cuenca del Navia, Ayuntamiento de Navia y Parque Histórico del Navia, pp. 97-126.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris, Publications du Centre Pierre Paris 11.
- COLES, J. y HARDING, A.F. (1979): *The Bronze Age in Europe*, Methuen Co. Ltd, London.
- COLES, J.M., LEACH, P., MINNITT, S.C., TABOR, R. & WILSON, A.S. (1999): "A Later Bronze Age shield from South Cadbury, Somerset, England", *Antiquity*, 73, pp. 33-48.
- COOMBS, D. (1975): "Bronze Age weapons hoards in Britain", *Archeología Atlantica*, 1, 1, pp. 49-81.
- (1998.) "«Hello sailor». Some reflections on the Atlantic Bronze Age" en S. Oliveira Jorge, (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, Trabalhos de Arqueologia, 10, Lisboa, pp. 150-156.
- CRADDOCK, P.T. y TITE, M.S. (1981): *Report on the Scientific Examination of Metallurgical samples from Rathgall, Ireland*, British Museum, Rest. Lab., n.º 4552.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2000): "Cinabrio, huesos pintados en rojo y tumbas de ocre: ¿prácticas de embalsamamiento en la Prehistoria?", *Scripta in Honorem Enrique Llobregat Conesa*, Alicante, pp. 223-236.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1992-93): "Nuevos «ganchos de carne» protohistóricos de la península ibérica", *Tabona*, VIII, t. II, Universidad de La Laguna, pp. 417-434.

- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1988): "El jarro de bronce" en A. Balil Illana y R. Martín Valls (eds.): *Tessera Hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico*, monografía del Museo Arqueológico de Valladolid, pp. 78-90.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L. (1995): "El poblado «céltico» de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1998-90" en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 150-177.
- DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Madrid, Pub. de la Casa de Velázquez. Serie Archéologie, VIII, t. II.
- ESCRIBANO, C. (1990): "Contribución al estudio de la Edad del Hierro en el occidente de Zamora y su relación con el horizonte del Soto de Medinilla: «El Castillo», Manzanal de Abajo (Zamora)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo*, pp. 211-263.
- ESPARZA ARROYO, A. (1995): *La primera Edad del Hierro, en Historia de Zamora*, Zamora, Diputación de Zamora/Inst.Est. Zamoranos y Caja España, t. I, pp. 104-149.
- FERNÁNDEZ, F., PERALTA, E. y AILLÓN, R. (2003): "El hábitat castreño en la Cantabria litoral: El Castro de Castillo (Prellezo, Val de San Vicente)", 1978-2003. C.A.E.A.P., *Veinticinco años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria*, Ayuntamiento de Camargo, pp. 161-172.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y GUERRA DOCE, E. (2003): "El caldero de Cabárceno" en C. Fernández Ibáñez y J. Ruiz Cobo (eds.): *Arqueología en la Bahía de Santander*, Santander, Fundación Marcelino Botín, t. I, pp. 335-349.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1941): "El caldero de Cabárceno y la diadema de Rivadeo. Relaciones con las islas británicas", *Archivo Español de Arqueología*, XV, pp. 560-563.
- GENNEP, A. van (1909): *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus ediciones (1986).
- GERLOFF, S. (1986): "Bronze Age Class A Cauldrons: Typology, Origins and Chronology", *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, 116, pp. 84-115.
- GÓMEZ DE SOTO, J. (1992): "Cooking for the elite: festing equipment in the Late Bronze Age" en C. Sarre & Healy (eds.): *Trade and Exchanging in Prehistoric Europe*, Oxford, Oxbow, pp. 191-198.
- GREEN, M.J. (1998): "Vessels of Death: Sacred Cauldrons in Archaeology and Myth", *The Antiquaries Journal*, vol. 78, pp. 63-84.
- HAWKES, C.F.C. (1952): "Las relaciones en el Bronce Final entre la Península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia y la Europa central y mediterránea", *Ampurias*, XIV, pp. 81-116.
- JULIVERT, M. (1969): *Mapa Geológico de España. "Puebla de Lillo"*, Instituto Geológico y Minero.
- KRUTA, V. (1979): "Duchcov-Münsingen: nature et diffusion d'une phase laténienne" en P.M. Duval y V. Kruta (eds.): *Les mouvements céltiques du Ve au I^{er} s. avant notre ère*, Paris, Ed. CNRS.
- LEEDS, E.T. (1930): "On a cauldron from the River Cherwell, Oxfordshire, with notes on cauldrons and other bronze vessels of allied types", *Archaeologia*, 80, pp. 1-36.
- LÉVEQUE, P. y SÉCHAN, L. (1990): *Les grandes divinités de la Grèce*, Paris, Armand Colin.
- LEVY, B.J. (2004): "Les trois fonctions du rythme narratif de la Tapisserie de Bayeux", *La Tapisserie de Bayeux: l'art de broder l'Histoire. Actes du Colloque de Cerisy-la-Salle 1999*, Presses Universitaires de Caen, pp. 327-345.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. (1955): "Armas de bronce ofrendadas al río Sil", *Zephyrus*, IV, pp. 233-240.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1977): "La diadema de San Martín de Oscos", *Homenaje a García y Bellido*, III, Madrid, pp. 99-108.
- LUQUE, C. (1974): "Los yacimientos de mercurio astur-leoneses", *Suplemento de Ciencias del Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 19, pp. 3-11.
- MARTÍN GIL, F.J., MARTÍN GIL, J., DELIBES, G., ZAPATERO, P. y SARABIA, F. (1994): "Neolítico: Uso del cinabrio", *Investigación y Ciencia*, n.º 219, pp. 29-30.
- MATTHÄUSS, H. (1980): "Die Bronzegefäße der kretisch-mykenischen Kultur", *Prähistorische Bronzefunde*, 2 (1).
- MAYA, J.L. y CUESTA, F. (2001): "Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de la Campa Torres", *El castro de la Campa Torres. Período prerromano*, Ed. científica de J.L. Maya y F. Cuesta, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, Serie Patrimonio, 6, pp. 11-277.
- MEDEROS MARTÍN, A. y HARRISON, R.J. (1996): "Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final atlántico en la península Ibérica", *Pyrenae*, 27, pp. 31-52.

- MONTANARI, M. (1993): *El hambre y la abundancia. Historia y cultura de la alimentación en Europa*, Barcelona, Crítica.
- MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1995): "Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. de Valladolid) durante la Edad del Hierro" en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio A.C. en el Duero Medio*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 455-514.
- NEEDHAM, S. (1993): "Displacement and exchange in archaeological methodology" en Ch. Scarre & F. Healy (eds.): *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*, Oxford, Oxbow Books in association with Preh. Society & Soc. Préh. Française, pp. 161-169.
- OSBORNE, R. (2004): "Hoards, votives, offerings: the archaeology of the dedicated object", *World Archaeology*, vol. 36(1), pp. 1-10.
- PARADOXOGRAPHORUM: *Paradoxographorum Graecorum reliquiae*, ed. de A. Giannini, Milán, Instituto Editoriale Italiano, 1965.
- PARKER PEARSON, M. et alii, (2005): "Evidence for mummification in Bronze Age Britain", *Antiquity*, 79 (205), pp. 529-546.
- PIGGOTT, S. (1953): "Three metal-work hoards of the Roman period from southern Scotland", *Proceedings of the Society of Antiquaries of Scotland*, 87, pp. 1-51.
- RIBON, P. (1993): *Pierres que guérissent*, Lyon, Editions Horvath.
- RUIZ GÁLVEZ, M.L. (1986): "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", *Trabajos de Prehistoria*, 43, pp. 9-42.
- RADA Y DELGADO, J. de la (1860): *Viaje de SS. MM. y AA. por Castilla, León, Asturias y Galicia verificado en 1858*, Madrid, Aguado, impresor de cámara de S. M. y de su Real Casa.
- ROHOU, Ph.; BARBANSON, L. y PERTHUISOT, V. (1988): "La sedimentation dans un paleokarst de l'Urgonien Cantabrique (province de Santander, Espagne): apports et problemes", *Annales de la Société Géologique de Belgique*, t. 11, pp. 163-171.
- ROMERO CARNICERO F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L. (1996): "La cultura de Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero medio y las tierras del sur peninsular durante la primera Edad del Hierro", *Homenaje al Prof. M. Fernández-Miranda*, I, Complutum extra, 6 (I), pp. 313-326.
- SARANDESES, F. (1994): *Heráldica de los apellidos asturianos*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos.
- SÁNCHEZ ALONSO, J.B. (1990): *Historia y Guía geológico-minera de Cantabria*, Santander, Ediciones de Librería Estudio.
- SCHIEPER CAMPOS, J.A. (2000): *Diccionario de heráldica*, Madrid, Libsa.
- SCHIFFER, M.B. (1976): *Behavioural Archaeology*, New York, Academic Press.
- SCHUBART, H. (1961): "Atlantische Niekessel von der Pyrenäen Halbinsel", *Madriider Mitteilungen*, 2, pp. 35-54.
- SERNA, M.R. (1983-1984): "El puñal de Hinojedo (Santander) y algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en Cantabria", *Pyrenae*, 19-20, Universitat de Barcelona, pp. 261-269.
- SILVA, A.C.F. da (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*, Cámara Municipal de Paços de Ferreira, Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- TRESPANDO CORREDERA, J.M. (2004): "La almagrera de Labra: la piedra del escándalo", *Abamia. Cien años de abandono*, Asociación cultural Abamia, Corao, pp. 31-35.
- VEEN, M. van der (2003): "When is food a luxury?", *World Archaeology*, vol. 34 (3), pp. 405-427.
- VILLA VALDÉS, A. (2002): "Periodización y registro en los castros del occidente de Asturias" en de M.A. de Blas Cortina y A. Villa Valdés (ed.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia*, Ayuntamiento de Navia/Parque Histórico del Navia, pp. 159-188.
- VV. AA.: *La Cátedra: Revista de la Asociación Cultural y Deportiva «La Cátedra de Lois»*, Lois (León), n.º 1, 1995, pp. 34-41.

